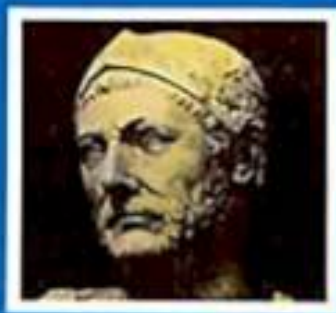


MEMORIA de la HISTORIA

YO, ANÍBAL



Juan Eslava Galán



La figura trágica de Aníbal, que, haciendo honor a un juramento emitido en su infancia, se propuso sojuzgar a Roma y restituir a Cartago el dominio del Mediterráneo.

Aníbal, uno de los personajes más fascinantes de todos los tiempos, pertenece a esa rara estirpe de héroes trágicos que, después de dos mil años, continúa ejerciendo misteriosa seducción a través de un recuerdo histórico magnificado por la literatura. Esta «autobiografía» de Aníbal constituye la exhaustiva y documentada reconstrucción de una época decisiva en la que el futuro de la humanidad dependió del resultado de una ambiciosa empresa individual: la invasión de la península itálica por un heterogéneo conglomerado de mercenarios ibéricos y norteafricanos.

Sobre este fondo, rigurosamente histórico, el relato nos conduce al ritmo trepidante de una aventura pródiga en singulares episodios de inolvidable dramatismo. Asistimos al paso de los Alpes, con un ejército de elefantes, y a las sangrientas batallas contra las legiones romanas que jalonan la existencia del protagonista. También a la reconstrucción colorista de la España de hace dos mil años, con toda la rica complejidad y curiosas costumbres de sus pueblos y tribus: las lascivas danzas de las bailarinas gaditanas, las culpables delicias de Capua y los sofisticados usos de enriquecidos mercaderes y especuladores púnicos, en vivo contraste con el primitivismo y la ferocidad de los guerreros celtíberos de la meseta.

En este contexto se destaca la figura trágica de Aníbal, que, haciendo honor a un juramento emitido en su infancia, se ha propuesto sojuzgar a Roma y restituir a Cartago el dominio del Mediterráneo, un drama (cuyos últimos alcances aún nos afectan) que no significó solamente el enfrentamiento de dos superpotencias coloniales, sino el de dos culturas y formas de entender la vida diametralmente opuestas.

*A Himilce, la esposa española de Aníbal,
entre pámpanos nuevos y antiguos olivares*

Nota previa

(QUE EL LECTOR IMPACIENTE PUEDE OBVIAR)

En 1969, el nuevo abad del monasterio copto de San Anastasia, en el monte Sinaí, decidió conferir una más amplia función social a la obsoleta biblioteca monacal mediante su reconversión en sala de televisión y esparcimiento. Durante las obras de acondicionamiento, los albañiles descubrieron una alacena tapiada en la que los píos monjes habían ocultado, siglos atrás, quizá en tiempos de la conquista islámica, una serie de manuscritos que contenían textos bíblicos, vidas de santos y otra literatura devocional de escaso interés. Pero entre ellos, como exótica flor nacida nadie sabe cómo en aquel jardín de previsibles milagrerías patrísticas, se hallaba un códice de mediados del siglo VI que contenía la autobiografía de Aníbal que aquí presentamos.

La autenticidad de esta presunta autobiografía de Aníbal no es unánimemente admitida por los anibalistas de la comunidad científica internacional. De hecho, el más reciente congreso de estudios anibálicos parece sancionar la división de los especialistas en dos grupos todavía irreconciliables. Unos aceptan la autenticidad de la obra, aunque admiten que pudiera contener una serie de escolios e interpolaciones achacables a los diversos copistas que transmitieron el texto original. Otros rechazan taxativamente su atribución a Aníbal y sugieren que podría tratarse de una falsificación del siglo I de nuestra era, o incluso más tardía.

En nuestra versión hemos seguido la edición del profesor israelí Boaz Sharon, publicada en 1971. Hemos intercalado, en convenientes lugares, algunas de las veintidós cartas que constituyen la denominada «Estafeta de Hannón», curiosa correspondencia de un espía infiltrado en el ejército de Aníbal, por el beneficio de una visión externa del personaje y por el curioso contrapunto que ofrecen al relato del controvertido caudillo cartaginés. (La «Estafeta de Hannón» procede de un códice latino custodiado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Hemos manejado la edición de *Studi Annibalici*, «Anuario XII dell'Accademia Etrusca di Cortona», Pietro Degrassi, Florencia, 1965).

El códice de la autobiografía de Aníbal está redactado en griego, lo que quizá disculpe algunas peculiaridades sintácticas de nuestra traducción. Hemos preferido, en atención al lector, actualizar todo lo relativo a pesas, medidas y nombres de persona o geográficos siempre que nos ha sido posible. También hemos sustituido las fechas referidas a la Olimpiada, de acuerdo con el cómputo griego, por las más familiares de nuestro calendario cristiano. Lógicamente, todos los años han de entenderse «antes de Cristo».

En lo que se refiere al vocabulario, existen pocos términos extraños al lector actual que no estén explicados por el propio contexto. No obstante quizá convenga advertir que la penteraera el tipo de navío militar más divulgado en la época de Aníbal (aunque posiblemente nos resulte más familiar en su denominación de origen latino *quinquerreme*).

El *supparum* era una especie de minúscula vela ornamental que se colocaba, a guisa de bandera, en el extremo superior del mástil y era portadora de colores o bordados con los símbolos nacionales de la nave o el logotipo de su armador.

Los indis eran los cuidadores y conductores de los elefantes de guerra. Y hablando de elefantes, quizá sea conveniente advertir que casi todos los que figuraron en el ejército de Aníbal pertenecían a la especie *Loxodontia africana*,

variedad Cyclotis, de pequeña alzada (2,35 metros). Estos relativamente minúsculos elefantes abundaban entonces en el norte de África desde Túnez hasta Marruecos. Lamentablemente la especie se ha extinguido. No debemos confundirlos con el otro elefante africano, el de las estepas de África central y meridional, de familiar estampa circense, cuyos ejemplares adultos suelen medir hasta 3,40 metros. Existe además otra variedad de elefante, la índica (Elephas indicus), que alcanza hasta 2,90 metros de alzada, de la que Aníbal llevó a Italia algunos ejemplares, entre ellos el famoso Surus cuyo propio nombre (sirió) indica que lo habían capturado en las riberas orientales del Mediterráneo, donde hoy la especie ha desaparecido.

1

EL REGRESO DE AMÍLCAR

Cada mañana los guardias descorren el cerrojo de la puerta y dejan pasar a una mujer que me guisa de comer en el hornillo de las ahumadas. Mientras almuerzo, permanece acurrucada en un rincón y me observa silenciosamente. Luego lava la vajilla, recoge sus cosas y se marcha. Ya no es joven. Tiene la piel requemada, los pechos secos y arrugados como higos pasos. Casi no habla, lo cual es de agradecer.

A menudo pienso en ti, Sosilos. Si pudieras regresar de la honda muerte bromearías conmigo y me llamarías estoico. Me dirías: «¿Lo ves, Aníbal? Has acabado siendo como ellos: un romano o un griego. Solamente a un tosco hijo de campesinos y porqueros se le puede ocurrir que la perfecta sabiduría consista en despreciar el placer y aceptar, con ánimo sereno, la derrota y el dolor».

Pero ¿qué puedo hacer, mi querido Sosilos, sino abrazar de grado o por fuerza el credo estoico? Dentro de un par de meses, quizá antes, los romanos me exhibirán como un trofeo a lo largo del foro. Es posible que me carguen de cadenas. El prigionero marchará delante, informando a la vociferante multitud: «Éste es Aníbal, el que un día llegó a las puertas de la ciudad al frente del ejército púnico, el que infundió pavor en los corazones de nuestros padres. Vedlo ahora derrotado y cautivo. Así acaece al que desafía el poder de Roma, la predilecta de los dioses». Y aunque no me

anuncien con esas u otras palabras, mi situación será igualmente humillante.

Yo, Aníbal, cuyo nombre púnico significa «don de Baal», me encomiendo a mi protector y a Tanit y a Melcarte, a Dido y al resto de los familiares dioses inmortales, al comenzar de mi propia mano este relato cuando ha mediado el año sesenta y cuatro de mi vida. No sé por qué escribo en griego. Quizá porque sospecho que el púnico no sobrevivirá a la inevitable aniquilación de Cartago. Tampoco sé si escribo para que alguien lea estas notas algún día o simplemente por emprender algo que mitigue la impaciencia de la espera.

Mi primera infancia, en Cartago, es un confuso recuerdo olfativo en el que se amalgaman y funden el denso olor de las cuadras de los elefantes, que solía visitar con mi tío Arpadón, el sosegado sahumero de los altares callejeros, el punzante aroma de la pez y los disolventes en los astilleros y los variados alientos de almáciga, cera, almizcle, mirra y otras exóticas sustancias que exhalaban las puertas de los arsenales, los almacenes y las tiendas de los perfumistas. A los que quizá debería agregar el tufo de la fritanga marinera en los tugurios y tabernas del Cotón, pasado el barrio de los remeros.

Los olores son el alma de la ciudad. Cartago es tan desordenada y bulliciosa como sus olores. En su enorme caldera se funde, desde hace siglos, una multitud mestiza constituida por todas las razas y estirpes que pueblan la tierra. Quizá deba a esta circunstancia su condición de ciudad apátrida, de caótico mercado donde las generaciones de fenicios, egipcios, griegos, libios, sirios, númeridas, chipriotas, efesios, judíos y galos se confunden y hacen sus tratos, vociferando y tirándose de las mangas. La bulliciosa ciudad habitada por mercaderes, artesanos, navegantes y esclavos no constituye una patria. Me ha costado toda una vida percatarme de que la patria es un asunto de campesinos ligados a la tierra. Demasiado tarde, ya.

Mi madre era una bella, elegante y silenciosa dama de la nobleza antigua, descendiente de los legendarios Setenta que fundaron la ciudad. Como todas las mujeres de su posición, se pasaba el día cosiendo en compañía de sus siervas y esclavas, pero también era capaz de gobernar sabiamente la casa durante las prolongadas ausencias de mi padre. A veces me sentaba sobre sus rodillas y me relataba las tradiciones familiares. Los Barca somos descendientes directos de la reina Dido, la fundadora de Cartago, cuya firmeza de carácter se supone que hemos heredado (junto con la recta y aristocrática nariz, la tez blanca y los tobillos finos). Por oscuras razones, Dido escapó de la ciudad fenicia de Tiro y arribó a las costas de África. La propia Tanit se le apareció en un sueño y le ordenó que fundara allí mismo una nueva ciudad. Pero aquella tierra pertenecía al rey de los belicosos númidas. Dido parlamentó con él y le ofreció sus tesoros a cambio del territorio necesario. El bárbaro, que no deseaba extraños vecinos en su reino, respondió a la oferta de Dido con una característica fanfarronería númida: «Por esa suma solamente puedo cederte el trozo de tierra que puedas abarcar con la piel de un buey». Para sorpresa de su interlocutor, Dido cerró el trato. Tomó la piel de un buey grande y la cortó en finísimas tiras que luego extendió desde el promontorio de Sissa hasta el cerro que hoy ocupa la ciudadela de Megara. De este modo burló al rey de los númidas y pudo procurarse la tierra de Cartago sin faltar al sagrado acuerdo.

Pero el rey de los númidas había quedado prendado de la belleza y hermosura de Dido y la pretendía con violenta pasión. Entonces la reina escapó de las sollicitaciones del lujurioso africano y salvó a su pueblo inmolándose voluntariamente en una hoguera frente al altar de Tanit. Su abnegado sacrificio aseguraba a la nueva ciudad la eterna protección de la diosa.

Los romanos explican de otro modo el suicidio de Dido, con objeto de manchar su memoria. Según ellos, Eneas,

ese oscuro fugitivo de la guerra de Troya del que dicen descender, arribó a las costas de Cartago y fue hospedado por Dido, que se prendó de él. Pero el padre de los dioses había encomendado a Eneas que se estableciese en Italia, donde había de fundar Roma. Una noche Eneas escapó de Cartago abandonando a Dido. Ella, despechada, se quitó la vida.

Desde la soleada balconada de la torre bárquida, asomada al Cotón, podía contemplarse toda la extensión del mar.

—Allí delante —me decía mi madre, señalando el combo horizonte marino— , en una isla llamada Sicilia, está tu padre. —Y luego añadía, con el tono de resignada tristeza de las mujeres que guardan ausencias— : Cuando acabe la guerra regresará.

Concluyó la guerra siciliana y regresó mi padre. Yo, había cumplido ya cinco años. Me ungieron el pelo con aceite de rosas, me vistieron una perfumada túnica púrpura y me tiñeron las palmas de las manos con alheña. Pusieron en mi mano una granada madura, para presente de bienvenida. Escoltados por Abdalón y otros esclavos de la casa, mis hermanas y yo descendimos por las pinas callejuelas arrecifadas que conducen al puerto militar. Una bulliciosa multitud, entre la que destacaban los palanquines blancos de algunos senadores y magistrados amigos de mi padre o coreligionarios suyos, se había congregado en la explanada de los arsenales para asistir a la arribada de las naves. En cuanto nos reconocieron, los que esperaban abrieron calle respetuosamente y nos dejaron llegar al muelle.

Mi padre regresaba derrotado, pero el pueblo celebró jubilosamente el anhelado final de la guerra como si Cartago hubiese vencido. El armisticio significaba la anulación de los impuestos extraordinarios y el licenciamiento de los que servían en la flota.

La pentera con la insignia del rayo bárquida en el supparum atracó. Inmediatamente dos esclavos del arsenal

tendieron una pasarela para que pudiésemos subir a bordo. Fue la primera vez que vi a mi padre. Amílcar Barca tenía cincuenta años. Me pareció alto y fornido como una torre, hermoso y terrible como Aquiles. Tenía la tez tostada por el sol y la intemperie. En su espesa y negra barba brillaban hebras de plata. Me tomó por la cintura, con sus manos grandes y callosas, y me izó hasta la altura de su rostro. Sonreía brevemente mientras me contemplaba. Cubrió de besos mis mejillas. Su barba era áspera, así como sus labios agrietados y blanquecinos. Tenía un sabor a sal en la piel.

—Así que tú eres Aníbal, ¿eh? —murmuró, enronquecido por la emoción.

Asentí con la cabeza, fascinado por aquellos ojos que brillaban como brasas, quizá porque contenían las lágrimas. Así que éste era mi padre, en cuya impaciente espera había consumido cada uno de los días, incluso cada una de las horas, de mi breve vida. No se asemejaba mucho al perfil barbudo que me mostraban en las medallas del altar familiar, pero sentí que era él y que Amílcar no podía ser de otro modo. Después de una breve vacilación, rodeé con mis brazos su robusto cuello y lo abracé. Amílcar me atrajo contra su pecho, se le quebró la voz y dejó de dar órdenes a la marinería. Después de un momento me apartó con dulzura para volver a contemplarme.

—¡Aníbal! ¡Gracia de Baal! —murmuró—. Me devuelves el gozo del regreso. Tú serás el primero de la camada del león.

Y luego, depositándome en los brazos de Abdalón, que asistía conmovido al encuentro, abrazó a mis hermanas y a los amigos que habían subido a bordo con granadas y ramos de olivo.

El retorno de Amílcar no fue feliz. Le habían confiado el mando de las tropas que combatían en Sicilia cuando ya los romanos habían conquistado casi toda la isla, después de catorce años de lucha. Empero, Amílcar cambió el signo de la guerra. Tomó juiciosas medidas y consiguió algunas vic-

torias. Entonces regresó brevemente a Cartago para rendir cuentas ante la Balanza y exigirle los nuevos alistamientos necesarios para proseguir la guerra. Como es sabido, estas levadas le fueron denegadas. Los mezquinos mercaderes y terratenientes de la oligarquía senatorial fueron incapaces de comprender que la pérdida de Sicilia acarrearía la ruina de Cartago.

Me he referido a la Balanza. Quizá deba advertir que en Cartago llamamos así al Senado porque en el dintel de entrada de la casa donde se celebran sus sesiones hay una balanza esculpida. Es el emblema de los Tagos, los antiguos propietarios del inmueble.

Cuando yo nací, mi padre había regresado a Sicilia, reclamado por el alarmante sesgo de la guerra. El Senado romano, más generoso que el de Cartago, había reunido los fondos necesarios para construir su cuarta escuadra. Como nuestras cada vez más escasas penteras no se renovaban, la situación marítima se deterioró tanto que los esfuerzos de Amílcar sólo consiguieron retrasar la inevitable derrota. Finalmente, la Balanza desistió de continuar la lucha y aceptó las condiciones que Roma imponía: entrega de Sicilia y todas las islas menores, abstención de construir penteras y pago de una indemnización desorbitada, tres mil doscientos talentos de plata, pagaderos en sólo diez años. Una carga cruel para una ciudad cuyos recursos quedaban considerablemente mermados por el tratado y por los empréstitos de la guerra.

Con Amílcar regresaron los mercenarios de Sicilia. Se instalaron en los campamentos de Sica y eligieron delegados que reclamaran las pagas atrasadas que Cartago les debía. Se les respondió que tuviesen paciencia, pues las arcas del Estado estaban agotadas. Hacía años que las minas de plata de Hispania habían caído en manos de tribus indígenas insurrectas. Se necesitaba tiempo para restablecer la explotación. Estas negociaciones con los mercenarios se confiaron a los nuevos sufetas, gente del partido de Han-

nón, inexperta en el trato con los bárbaros. Sólo consiguieron soliviantarlos y volverlos recelosos. Los mercenarios sospecharon que la Balanza, cuya cicatería conocían muy bien, puesto que la habían padecido a lo largo de la guerra, intentaba deshacerse de ellos licenciándolos con vagas promesas de recompensas futuras. Por otra parte, las cuentas de los pagadores no coincidían con las de la Balanza. Pero ¿a qué alargarme con detalles de todos conocidos? Los mercenarios se sublevaron, saquearon aldeas indefensas en torno a Sica, despedazaron a los heraldos de la Balanza, enterraron vivos a setecientos prisioneros y perpetraron toda clase de tropelías y crueldades. También se apoderaron de las penteras fondeadas en el Cotón y las anclaron en la bocana del puerto mercante, bloqueándolo. La ciudad quedó aislada y sitiada tanto por tierra como por mar.

Mientras estos sucesos ocurrían, mi padre se había apartado de todos sus cargos y vivía recluido en el palacio bárdida, aparentemente consagrado a la administración de su hacienda. Ni siquiera asistía a las sesiones de la asamblea, de la que era miembro vitalicio. Ocupaba sus días en inspeccionar los graneros, talleres y lagares de la casa, en revisar las cuentas de los mayordomos, en tomar las decisiones que el prudente Abdalón había aplazado hasta su regreso. Yo era como una sombra que lo seguía a todas partes, en admirativo silencio. Y cuando él se ausentaba, buscaba la compañía de los mercenarios que Amílcar había tomado para el servicio de la casa. Estos hombres, fieles veteranos de la guerra siciliana, habitaban en el espacioso patio inferior, frente a las caballerizas. Allí hacían vida de campaña como si estuvieran aún en la isla. Compartía con ellos sus espesas gachas militares y asistía boquiabierto a sus ruidosos entrenamientos. Me hacía instruir en las fintas reglamentarias de lanza y de espada así como en las paradas con el escudo o con el chuzo. Estos juegos complacían a mi padre. No así a mi madre, que juzgaba inadecuada la

influencia que sobre mí ejercían aquellos salvajes y se horrorizaba de la jerga castrense que aprendía de ellos, completamente inadecuada, según ella, para el vástago de la ilustre familia Barca. Intentaba hacérselo comprender a Amílcar con esa femenil insistencia con que las mujeres persiguen sus objetivos.

—Amílcar, ¿no te parece que Aníbal debiera pasar menos tiempo con los mercenarios? Cada día regresa perdido de piojos.

—No hay gloria sin piojos —era la seca respuesta de Amílcar—. Un Barca debe acostumbrarse a ellos.

Mientras tanto la ciudad estaba angustiada. Los familiares y obstinados rebeldes acampaban ya delante de sus muros, pacientemente empeñados en rendirla. La Balanza recurrió nuevamente a Amílcar. Lo pusieron al frente de las escasas tropas que habían permanecido leales a Cartago. Omitiré el relato de la victoriosa campaña de mi padre, tema sobre el que ya compuse un ensayo bajo la dirección de Sosilos. Con un ejército muy inferior al mercenario, se enfrentó a los rebeldes y los aniquiló. Fue clemente con los que se le entregaron. Alistó en sus filas a los menos comprometidos y envió a Cartago, cargados de cadenas, a los cabecillas de la rebelión. Recuerdo muy bien la euforia de aquellos días. Abdalón me llevó con él cuando los criados y esclavos de la casa bajaron a ver a los caudillos de la rebelión. Les habían sacado los ojos y los habían crucificado a lo largo del arrecife que conduce a la puerta de Birsá. Era un espectáculo cruel y aleccionador.

La revuelta de los mercenarios acarreó nefastas consecuencias para Cartago. Al acabar la guerra de Sicilia, la ciudad disponía todavía de una fuerza de sesenta mil hombres. Ahora, con esa fuerza aniquilada, Cartago estaba indefensa. En tales circunstancias, Roma mostró la medida de su perfidia: vulnerando vergonzosamente los términos del armisticio, nos arrebató Córcega y Cerdeña y aumentó arbitrariamente la indemnización de guerra en otros mil dos-

cientos talentos de plata. Cartago tuvo que aceptar este nuevo atropello ante la amenaza de ver invadido su territorio. Esta alevosía romana alimentó en mi padre un sordo resentimiento que perduraría hasta su muerte. Para él, educado en aquella puntual observancia de los pactos que caracterizaba a la aristocracia comercial púnica de su tiempo, resultaba impensable que un Senado que se proclamaba elegido entre los más honorables e ilustres ciudadanos de Roma, pudiera tergiversar tan desvergonzadamente los términos de un acuerdo. Si bien, como a menudo nos recordaba Amílcar, los romanos nunca se han caracterizado por acomodar sus conductas a lo que es honorable, sino tan sólo a lo provechoso.

El pueblo aclamaba a Amílcar como vencedor de los rebeldes y salvador de Cartago, pero ante la Balanza su posición era delicada. Algunos senadores querían aliviar sus conciencias de los errores del pasado culpándolo de los descalabros de Sicilia; incluso habían intentado acusarlo de malversación de fondos públicos, pero esta moción no llegó a prosperar. De todos era bien conocido que Amílcar había recurrido incluso a su fortuna particular para subvencionar aquellos gastos a los que el escaso presupuesto de la Balanza no alcanzaba. A pesar de todo seguía teniendo de su parte a muchos senadores que se empeñaron en votarlo como sufeta anual.

El discurso de Amílcar ante la Balanza fue memorable.

—Ilustre asamblea —dijo— , comparezco ante vosotros no para dar cuenta de mi irreprochable proceder cuando estuve al mando de Sicilia; tampoco para reclamar la recompensa debida a mis servicios pasados; ni siquiera para acusar a los senadores aquí presentes que, por mala fe o torpeza, han sido los causantes de los males que afligen a Cartago. Comparezco ante vosotros para tratar del futuro. Cartago ha perdido sus mejores colonias, ha perdido sus rutas comerciales más activas, sus más prósperas factorías y hasta su granero siciliano. Los mercados de Italia, Galia, Si-